

Humanidades

La aspirina: un medicamento centenario

José M^a Rodríguez Tejerina

Calificó don José Ortega y Gasset, en los albores del siglo XX, la mediocre realidad española como "la era de la aspirina". La aspirina, admirado remedio terapéutico entonces, se ha revelado hoy como una eficaz medicina para prevenir el infarto de miocardio. Además de conservar sus tradicionales virtudes de combatir el dolor, la fiebre y el reumatismo.

Los viejos sauces

La aspirina se hizo popular a partir del año 1899, cuando la comercializó la Casa Bayer. Aunque, con anterioridad, ya se sabía de las propiedades sanadoras del extracto de la corteza de sauce, el árbol del que procede la aspirina. Hipócrates en sus *aforismos*, Pedacio Dioscórides en su *Materia Médica*, Plinio el Viejo, en fin, en su *Historia Natural*, se refieren a las cualidades analgésicas, febrífugas, antirreumáticas, de ese vegetal que se siente atraído por el agua, el húmedo elemento que buscan afanosamente sus curvadas ramas al inclinarse hacia la tierra. Responde a la teoría de los semejantes: *Similia similibus curantur*, antañón adagio de los médicos medievales espagiritas. El sauce "vive con los pies mojados", sin experimentar trastorno alguno. Es, por tanto, capaz de curar las enfermedades originadas por la humedad, el reumatismo sobre todo,

dolencia "hídrica" por excelencia. Y, también por la hipótesis opuesta, la de la antipatía: *Contraria contrariis curantur*. La corteza del sauce sana, por ser seca, dolores y calenturas. Decía Aristóteles que, si una afirmación es verdadera, también lo es su contraria.

Llueve abunda en Galicia. Orvalla melancólicamente sobre los "salgueiros", los sauces. Porque el sauce, árbol originario del Asia Menor, es muy común en el Norte de España. Sus anchas hojas verdes tienen el envés plateado. Sus flores siguen la tradición celta y brotan en el mes de noviembre. Son pequeñas, amarillas, semejan una cruz de Malta.

Los sauces pueden alcanzar 30 metros de altura, poseen un tronco grueso con abundantes ramas péndulas, enamoradas siempre de los ríos y de los lagos. Existen diversas clases de sauces, dentro de la copiosa familia *Salix*. El blanco o *salix alba*, cuya corteza es rica en salicina, substancia que, al oxidarse, se convierte en ácido salicílico. El *Salix cabruno* o *Caprea*. El de Babilonia, elegante y meditabundo; el sauce llorón, ornato obligado de los apacibles jardines románticos. El "weeping willow" de los ingleses. El pavo real de los árboles, según Francisco Umbral. En la Mesopotamia bíblica del tercer milenio antes de Cristo, en las recetas de los sumerios, escritas en tablillas de barro, aparecen las indicaciones terapéuticas de la corteza de sauce, el poderoso remedio capaz de vencer a *Pazuzu*, el demonio asirio de la fiebre.

Los árboles, las plantas, al igual que los imperios, acostumbra a trasladarse de Oriente a Occidente: *Traslatio Imperi*. Pronto, en la milenaria Inglaterra, en Cornwall, estuvieron convencidos que las calenturas intermitentes desaparecían si se acercaba el enfermo en silencio a un sauce muy grande, hacía un corte en su corteza y exhalaba su febril aliento tres veces consecutivas sobre la parte incidienda. Cerraba a toda prisa la oquedad y se

alejaba enseguida corriendo, sin mirar atrás. En Sussex, a su vez, los afectos de fiebres tercianas se dirigían al filo del amanecer hacia un sauce viejo y le imploraban:

Buenos días, viejo

yo te entrego el frío; buenos días, viejo.

Los diablillos causantes de las enfermedades están deseosos de retornar a su habitat natural; los árboles. Quieren abandonar, aburridos, al hombre enfermo. Y, no sólo los demonios de la fiebre, el dolor, el reuma. También los responsables de las hernias infantiles. El paso por *la mimbre* de los niños herniados es muy frecuente en Extremadura y en las Islas Canarias. En Mallorca, asimismo, la noche mágica de san Juan, en el *Hort des Correu*, en Manacor, se hace atravesar a los pequeños que presentan un bulto en la ingle por una rama previamente hendida longitudinalmente del *vimer*, el sauce blanco. Se ata después la rama con una liana y se embadurna de barro. Si reverdece, semanas más tarde, el niño se ha curado.(1)

La "Aspirin"

En la Edad Media y hasta el siglo XVIII, apenas se utilizó el extracto de corteza de sauce. Para combatir el dolor se empleaba opio y chinchona, *corticem peruvianum*. En 1763 el reverendo Edward Stone, natural de Chipping Norton, en Oxfordshire (Inglaterra), comprueba que un extracto de *Salix alba* reduce las fiebres. Comunica 50 casos de curación a la Real Sociedad de Medicina de Inglaterra. La Providencia, afirma, siempre coloca los remedios de las enfermedades cerca de donde están las causas que las originan. Así, en las proximidades de las aguas pantanosas, crece el sauce blanco.

A principios del siglo XX surgen dificultades para obtener la quinina, el fármaco idóneo para tratar toda suerte de

fiebres. Comienza a utilizarse un sucedáneo más asequible: el extracto de corteza de sauce. En 1852 ya se había obtenido la salicina cristalizada y, pronto, el ácido salicílico, idéntico al ácido spírico que se extrae de una planta, el *Spirae ulmaris*, o "dulzura de la pradera", de cuyo nombre procede el de *aspirina*.

Se mejoró la tolerancia a la salicina acetilándola, convirtiéndola en ácido acetilsalicílico, que sintetiza Hoffmann el 10 de octubre de 1887. Se pensó en un principio dañaba al corazón, lo debilitaba, producía sudores, taquipnea, taquicardia. Se vio enseguida que no era cierto. La Casa Bayer bautizó al ácido acetilsalicílico, el AAS, con el nombre de *Aspirin*. Se presentó al principio en polvo, en un frasquito de cristal. Hasta años más tarde no se fabricó en comprimidos, *tabletten*, que, en nuestros días pueden ser efervescentes y masticables.

Félix Hoffmann era un químico de 29 años. Su padre sufría reumatismo crónico que le trataban con ácido salicílico, medicina que le había destrozado el estómago. Eichengrün, director de la sección de Bayer dedicada a los productos farmacéuticos, probó la aspirina en sí mismo y no notó efecto nocivo alguno sobre su corazón. Mandó distribuirla a todos los médicos de Berlín quienes informaron de los extraordinarios resultados que conseguían con ella. Aliviaba la fiebre, los dolores articulares, los de cabeza, sin presentar los desagradables efectos secundarios que producía el ácido salicílico. Que, en forma de salicilato se empleaba hasta entonces abundantemente para combatir el reumatismo. Lo refiere, por ejemplo, Pío Baroja, quien lo utilizó en su propio padre y en él mismo, que se consideraba "un fauno reumático", a los 40 años, como confiesa en su novela, *Juventud, egolatría*. Era un cuarentón "un poco melancólico y un poco reumático, en el momento de tomar salicilato y cultivar el jardín". También

emplea el salicilato Baroja en sus personajes artríticos, de ficción, de su obra literaria. Don Pío, cuando médico en Cestona, recetaba "muchísima agua con jarabe y con un poco de bromuro potásico o de salicilato de sosa". Casi siempre prescribía los medicamentos a pequeñas dosis.

El éxito de la *Aspirin* en la primera mitad de nuestro siglo, fue enorme, en Europa y en los EEUU de América. Se difundió su uso incluso entre los esquimales. Y se conoció en el Brasil, África Central, Irán, Myanbar, Egipto. Estuvo registrada en 70 países. Después de la Primera Guerra Mundial decreció su uso en los EEUU por ser un producto alemán.(2)

Un coche-anuncio con una gran pancarta que rezaba *Aspirin*, partió de Holanda y recorrió toda Europa. Miles de carteles, en alemán y en las más diversas lenguas, aparecieron en paredes, periódicos y revistas. Proclaman que el nuevo fármaco es el remedio ideal para los dolores de cabeza, *Kopfschmerzen*, los enfriamientos, *Erkältungskrankheit*, y las molestias reumáticas, *rheumatischen Beschwerden*. Unas sugestivas viñetas adornan estos anuncios; una mano, que muestra una caja de *Aspirin*, rompe, atraviesa un periódico en el que pueden leerse las virtudes curativas del medicamento. En el ángulo inferior derecho, el anagrama circular de los laboratorios Bayer.

Otro anuncio cruza con dos gruesas líneas amarillas los continentes de Europa y África. En un tercero figura un dios Egipcio. En el cuarto, un muñeco resfriado se protege la boca y la nariz con una bufanda. Hay, también, posters en lengua árabe.

Luego, a la aspirina se le añade cafeína. Surge la cafiaspirina, analgésico que, amén de calmar los dolores, estimula, *Schmerzlindernd und anregend*. También se promociona su uso con muy llamativos carteles: la bella cara

de una mujer sonriente; una pareja bailando, feliz; un paraguas abierto chorrando agua mientras, al fondo, una atractiva mujer joven, sentada, se quita las mojadas medias. Y, siempre, las mismas indicaciones; las enfermedades por enfriamiento que aparecen en alemán y asimismo en inglés; la cafiaspirina es un barquito de vela en la cresta de una ola, que combate las cefaleas y las molestias reumáticas *Free from Headache and discomfort*. También en español, en una larga historietita; la cafiaspirina alivia el dolor de cabeza de un señor rubio, bien vestido, aunque despeinado; los animales de la granja se congratulan de la curación de su amo y danzan alegremente en torno suyo.

Como vemos, para el recurso publicitario de la promoción comercial de la aspirina y de la cafiaspirina, se utiliza, preferentemente, la expresión simbólica de sus efectos curativos. Este recurso es también frecuente para anunciar otros remedios antidolorosos.

La propaganda de la aspirina la inicia la Casa Bayer en España hacia 1909. Al mismo tiempo se anuncian otros analgésicos: el sello Kendol, el Veramón, el Cerebrino Mandri. Todos ellos muy empleados y conocidos en "el mercado del dolor".

En un número, escogido al azar, de la revista *Blanco y Negro* del domingo 20 de marzo de 1927, vemos el anuncio a media página con el dibujo de una complicada máquina y, en letra cursiva, el título, "Un par de granos de arena", y, luego, "en los cojinetes de una máquina interrumpen su funcionamiento. En los tejidos del organismo, y especialmente en las proximidades de las articulaciones, pueden depositarse también piedrecitas, tales son, por ejemplo, los cristales de ácido úrico en la gota, que ocasionan dolores insoportables. Las tabletas BAYER de Aspirina proporcionan alivio inmediato, contribuyendo a que desaparezcan estos cristales y supri-

miendo de ese modo el dolor. Cuide Vd. de que le den las legítimas Tabletas *BA-YER*. La diátesis úrica era dolencia muy invocada por aquellos años.

La casa Bayer pues, por los años veinte, preconizaba selectivamente el empleo de la aspirina como remedio idóneo de los "dolores insoportables" que produce la gota. También llegaría a recomendar la aspirina la Casa Bayer en las diabetes mellitus, el cáncer de colon, las cataratas, la demencia senil y otras muy dispares dolencias; incluso el SIDA.

Don Gregorio Marañón

Esta intensa propaganda escrita logró que la aspirina se erigiera en una especie de panacea contra una serie de enfermedades en manos de médicos cuartereros, de galenos mediocres y poco vocacionales que, con la ayuda de Dios y la aspirina trataban indiscriminadamente a la mayoría de pacientes.

Sin embargo, no sólo los físicos rutinarios empleaban la aspirina por sistema. También un clínico egregio, don Gregorio Marañón era muy partidario de recetarla a pequeñas dosis; un cuarto de comprimido varias veces al día. La prescribía, con genial intuición, a los enfermos predispuestos a padecer enfermedades cardiovasculares. Se anticipó a un hecho que propugnan en la actualidad los más solventes científicos norteamericanos: la ingestión diaria de una tableta de unos 325 mg. de aspirina, previene la angina de pecho. Impide, casi totalmente, su presentación. Y, en los enfermos heridos por un infarto agudo de miocardio, por el síndrome denominado con las siglas IAM, hay que administrarla en abundancia mientras se les traslada con urgencia a la unidad de cuidados coronarios del hospital más próximo. Se lograría así salvar unas 1.000 vidas humanas de los 50.000 afectados de IAM que hay cada año en nuestro país.

La "prevención primaria" de la enfermedad isquémica cardíaca, de la angina de pecho, merced a la ingestión de una pequeña cantidad de aspirina, data de 1989.

Publicó ese año la revista *The New England Journal of Medicine*, en su sección *Physician Health Study*, los resultados obtenidos en 22.071 médicos americanos a los que se administró aspirinas a unos y, a otros, un placebo, a las dosis de 525 miligramos al día durante cinco años. La incidencia de infarto de miocardio descendió en los que tomaron aspirina, un 44%.

Según se observó en posteriores experimentos, dosis más altas de aspirina eran contraproducentes. Claro está que habrían de tenerse en cuenta los llamados "factores de riesgo", que existen en los presuntos enfermos coronarios; la hipertensión arterial, la intolerancia a la glucosa, el aumento del colesterol sanguíneo, el tabaquismo, el sobrepeso, la vida sedentaria, el estrés... que pueden influir en el proceso arterioesclerótico que conduce al accidente coronario.

Pronto surgieron también anuncios de la buena nueva, el beneficioso efecto de la aspirina en la prevención del infarto agudo de miocardio. En la revista *Newsweek* apareció el siguiente:

*What you should Know About HEART Attacks. *The Aspirin Breakthrough. *The lasted on Cholesterol, Diet and Exercise:*

En una irónica historieta se duda, en cambio, de la conveniencia de alargar la existencia humana unos cuantos años más. Fallece un matrimonio de sendos infartos de miocardio y llegan ambos al Cielo. La mujer se entusiasma con las maravillas de que puede disfrutar en él. Sin preocuparse de la dieta, tener que dejar el tabaco, la obligación de hacer ejercicio físico, tomar medicinas para rebajar la tasa de colesterol, ingerir, en fin, aspirina diariamente. Increpa, colérica, a su marido: "si no hubiese sido por

tu manía de seguir una maldita dieta baja en colesterol, por lo menos haría ya media docena de años que estaríamos aquí".

La aspirina, además, se sabe desde que lo demostró el proyecto, *Collaborative Perinatal*, puede ser un fármaco útil en Obstetricia. Se investigan ahora en las universidades gallegas de Vigo y Santiago de Compostela, los efectos beneficiosos de la administración, inocua por otra parte, de dosis bajas de aspirina a lo largo de la jornada a las embarazadas, para prevenir la hipertensión, la eclampsia; mejorar la salud del feto.

Cela y otros personajes

La ingestión de aspirina continúa siendo un gesto entrañable, popular y doméstico. En la novela de Camilo José Cela, *Mazurca para dos muertos*, la señorita Ramona ofrece caritativamente a su primo Robín Lebozán, que comienza a tener unas fiebres altísimas, un plato de sopa con una aspirina.- "No, mejor con café con leche"- le replica el enfermo. Es una de las escasas referencias que sobre la utilización de la aspirina, se halla en la obra literaria celiana. Espigamos otras dos citas en su reciente obra, *La dama pájara*: Juan, de vuelta al Café del que fue expulsado el día anterior por no poder pagar la consumición y dueño hoy, por milagro, de cinco duros, ha tenido que hacer un esfuerzo tremendo para pedir un café al asombrado camarero, darle una buena propina y llamar al limpia y al cerillero. A Juan, "le duele un poco la cabeza pero no se atreve a pedir una aspirina". Y, la segunda cita, también en *La dama pájara*, reveladora de otra benéfica virtud, aún más doméstica, de la aspirina. Había ordenado el padre de Martita, una solterona al borde de la menopausia y un tanto histérica, que recibía ardientes cartas de amor y ramos de flores de un pobre contable cesante, "que pusieran

las orquídeas en el hall, en el florero, con agua y un poco de aspirina, que siempre se conservan mejor". La "petite histoire" de la aspirina.

En el último libro, por ahora, de Cela, *A bote pronto*, leemos un artículo titulado, "El ruiseñor". Camilo José, en su finca *El Espinar*, en Guadalajara, oye cantar, sobre todo en las noches de primavera, a un ruiseñor. Al que llama *Garcilaso*; es un pájaro color ceniza y hierro oxidado, con la panza de oro. Habita el enamorado ruiseñor, "en el sauce del arroyo Laura".

C. J. C. en una entrevista publicada en la revista *Interviú*, en el número de los postreros días del mes de diciembre de 1994, proclama su entusiasmo por la aspirina. Responde a Juan Cavero, su interlocutor, cuando éste le pregunta:- "¿Cela tiene algún cuidado particular por razón de su salud?" "-Tomo una aspirina diaria. No porque tenga nada, pero el médico me dijo que como tengo años bastantes para tener algo de corazón, valía la pena prevenirlo. Parece ser que es muy sana. Se descubrió que la aspirina era muy sana por razones estadísticas. En una ciudad californiana se descubrió que los reumáticos no tenían afecciones del corazón y se preguntaron: ¿que tiene que ver el reuma con el corazón? Nada. Pero llegaron a la conclusión que era por las aspirinas..."

Unas líneas más tarde, al comentar el desmayo que sufrió el verano del 94 en Taipei, apunta Marina, la esposa del premio Nobel, que ella les decía a los médicos -entre ellos el médico particular del Presidente de la República-, que le hacían continuas radiografías y análisis de sangre. -"En cuanto le den una aspirina y le dejen en paz, se pone bueno solo".

Y así ocurrió, afortunadamente.

Con la repetida ingesta de aspirina, junto con tabletas de Veronal y Adalina, combatía su pertinaz insomnio de arterioesclerótico otro famoso premio Nobel

español, de Medicina éste, don Santiago Ramón y Cajal, en sus últimos años.

Quiso lograr el sueño eterno un atormentado poeta de la generación del 27; Emilio Prados. Un día, en la residencia de Estudiantes de Madrid intentó suicidarse ingiriendo, de golpe, gran cantidad de tabletas de aspirina.

Enrico Caruso, el célebre tenor, exigía a sus empresarios tuvieran aspirina a mano para poder combatir sus frecuentes cefaleas. Kafka, el escritor existencialista, también se medicaba de continuo con aspirina, para aliviarse de sus tenaces dolores de cabeza.

En el botiquín del Apolo 11, Charles Berry, director médico de la NASA, puso aspirina, para mitigar los dolores musculares y las típicas cefalalgias de los astronautas. Con Michael Collins, Edwin Aldrich y Nell Armstrong, el día 21 de julio de 1969, a las 3 horas y 56 minutos, llegó a la Luna la aspirina. Se convirtió en "un medicamento para la eternidad"

Aquel Madrid de Ortega

La Historia es permanente mutación. Tal vez exagerara Ortega y Gasset al definir como "la era de la aspirina", la crónica menuda de la España de los albores de nuestra centuria. De los años en los que la mayoría de los españoles tenía la única aspiración "de conseguir un destino de seis mil reales". Y predominaba un chato aldeanismo intelectual. El país se contemplaba el ombligo en Madrid, vivía absorto en sí mismo, en su insignificante cotidianeidad; las corridas de toros, las fiestas religiosas, las tertulias de los cafés. La capital de las Españas tenía rumores de organillo, olor a churros. Solamente rompían el silencio velazqueño de sus calles, las achuladas canciones nacidas en el teatro Apolo, y de las que eran autores Chapí y Quinito Valverde.

Los cafés de la madrileñísima Puerta del Sol (el Colonial, el Universal, el Oriental, el Café de Correos, el de Lisboa, el Antiguo Café de Levante), no cerraban en toda la noche. Luego de la cuarta de Apolo, a las 2 ó las 3 de la madrugada, actores y público iban a cenar en ellos. La orden gubernativa de cerrarlos a las 2 de la mañana, originó verdaderos tumultos populares que, tal vez, fueron el primer acto de un naciente republicanismo noctámbulo.

Don José Ortega y Gasset, madrileño a machamartillo, en 1902, era un mozo de 19 años que había publicado en *Vida Nueva* un artículo titulado "Glosas". Sus paisanos, los "gatos", aplaudían con infantil entusiasmo las azañas del perro Paco, un can hambriento y sin dueño que aparecía siempre en las casas donde se celebraba un banquete. Se admiraban también, bobaliconamente, de los inventos de los sabios extranjeros; la radio, el cine, el ascensor; *el automóvil y la aspirina*. Pero sin sentir curiosidad o agradecimiento alguno por los científicos que habían conseguido llevarlos a cabo.

Don José, años más tarde, en su muy conocido libro de ensayos, *La rebelión de las masas*, reitera el desdén del hombre-masa español quien, en sus respectivos oficios y profesiones, manifiesta, continuamente, una falta absoluta de solidaridad íntima con el destino de la Ciencia y de la Civilización. "Que inventen ellos", había proclamado el paradójico don Miguel de Unamuno. Y, los españoles, utilizaban los adelantos técnicos con absoluta indiferencia. La aspirina, para Ortega, seguía siendo, simbólicamente, el gran invento del siglo:

"La vida del hombre medio -insiste una vez más- es hoy más fácil y segura que la del más poderoso de otro tiempo. ¿que le importa no ser más rico que otros si el mundo lo es y le proporciona magníficos caminos, ferrocarriles, telé-

grafos, hoteles, seguridad corporal y aspirina?"

"Usan el automóvil y compran un tubo de aspirina." "En el centro de Africa - añade desilusionado el filósofo- los negros también van en automóvil y se aspirinizan".

Coda

Hace ahora cien años que apareció en el mercado mundial la aspirina. Pese a sus, a veces, efectos nocivos sobre las úlceras gastroduodenales, sigue siendo muy útil frente al dolor, la fiebre, el reumatismo. Y muestra nuevas y beneficiosas propiedades profilácticas y curativas para el sistema circulatorio, al inhibir la capacidad de agregación de las

plaquetas, causante de las trombosis responsables del infarto de miocardio.

Luminarias de la noche, llama poética, clarivamente, Rafael Alberti a los "verdes sauces llorones", los padres de la doméstica aspirina, "el fármaco amigo", que ya usaban, devotamente, nuestros abuelos.

(1) Sauce, en catalán, es salze. Y el polvo de su corteza se empleó en Mallorca, en lejanas épocas, para tratar las fiebres. Y, en cocción, para curar las heridas y combatir el "flujo blanco" de las féminas.

(2) Bajo el título "La aspirina", publicó un artículo en la "Revista Balear de Ciencias Médicas", en 1900, el médico mallorquín don Guillermo Serra y Bennasar.